

LAURENT BONNEFOY Y MYRIAM CATUSSE (2013). *Jeunesses arabes. Du Maroc au Yémen: loisirs, cultures et politiques*. París: La Découverte, 373 págs.

Las juventudes árabes han sido objeto de una abundante mediatización, sobre todo en el periodo de eclosión de las llamadas primaveras árabes. Se estima que la edad promedio en Yemen es de 16 años y, en Qatar, el país más viejo de la región, ronda los 30 años. Por ello, demográficamente los jóvenes representan una gran mayoría, silenciosa hasta finales de 2010.

A más de cuatro años del estallido de los levantamientos populares árabes, es frecuente ver que el análisis no registra uno de sus elementos más importantes: la activa participación de la juventud. Si bien es cierto que las viejas élites han vuelto a tomar el protagonismo en más de un escenario político, es un error pasar por alto la complejidad de las nuevas generaciones y su impacto en la sociedad civil. Este libro presenta una visión inédita, donde las generalizaciones y los lugares comunes han sido reemplazados por un auténtico mosaico de la diversidad y la pluralidad existentes en los países árabes.

La obra ofrece una mirada múltiple, y a veces confusa, que se aleja de los clichés. En efecto, no es posible reducir a los jóvenes árabes a tres estereotipos: el eterno migrante, el exótico icono de la «revolución» o el recluta de movimientos yihadistas. También es importante no ideologizar en demasía a estos actores ni atribuirles identidades políticas maduras y fijas. Se trata más bien de subrayar la multiplicidad de matices y cambios por los que están pasando estas generaciones.

Los investigadores que participan en este libro no son los primeros en interesarse por las juventudes árabes, pero la óptica es diferente. Habitualmente, los estudios se centran en empleo, identidad o participación política. Aquí, más bien se abordan las identidades de la juventud árabe mediante el estudio de su tiempo libre. Esta aproximación original permite desmitificar a las juventudes y, al desdramatizar situaciones, ir revelando tendencias singulares que las distinguen de las generaciones precedentes. En una región donde el desempleo masivo significa muchas horas de *waqt faragh* ('tiempo vacío'), pueden establecerse diferencias y parecidos entre los diferentes países que nos permiten entender las mutaciones sociales, a veces imperceptibles, en las sociedades árabes.

Por ejemplo, existen paralelismos entre el gusto por la velocidad del *joyrider* saudí, la espera del *hittiste* argelino, los cursos de teatro de los chiíes libaneses, los pasos de danza de los adolescentes palestinos, pero también entre los nuevos salafíes y los internautas: son códigos alternativos y subculturas que una suerte de «generación Y» comparte. Y, así como hay prácticas disciplinadas y pedagógicas, hay también actividades arriesgadas y, en ocasiones, casi suicidas. La ausencia de institucionalización del ocio, ya sea en clubes, universidades, iglesias, mezquitas, aunada a las pesadas normas familiares hacen que las calles, los cafés, los centros comerciales y, cada vez más, Internet se conviertan en espacios para la emancipación.

Así pues, los 38 capítulos de *Jeunesses arabes* se proponen romper con los estereotipos y las categorías genéricas e, incluso, cuestionan la posibilidad de clasificar. Los adeptos a generalidades tranquilizadoras se verán decepcionados por

la «infinita diversidad» de perfiles juveniles, como señala François Burgat en el prólogo. Las categorías monolíticas no existen, coinciden los coordinadores del proyecto, Laurent Bonnefoy y Myriam Catusse, quienes advierten que la noción misma de «juventud» es cuestionable. ¿Hasta qué edad se es joven en el mundo árabe? La pregunta es pertinente porque la urbanización y las migraciones han trastocado las variables habituales; los ritos e hitos que marcan el paso a la madurez se están atrasando o simplemente desaparecen, como pueden ser el matrimonio o el servicio militar. La variable socioeconómica, otra de las categorías del siglo XX, tampoco parece ser tan determinante, ya que algunas prácticas se han generalizado y no pertenecen únicamente a las élites. El consumismo ya no es exclusivo de sociedades ricas, como los Estados rentistas del Golfo, sino que la proliferación de marcas, aparatos electrónicos y la «occidentalización del mundo» afectan también a las clases populares.

Si bien las diferencias de clase social continúan viéndose reflejadas en los patrones de ocio, la forma en que los jóvenes árabes se mueven en el espacio urbano o participan en la era digital merece otras lecturas. Por ello, es importante buscar palabras nuevas que reflejen las realidades complejas, no solo en el nivel colectivo, sino también en el individual. No es extraño encontrar neologismos como los *hittistes* (adosados a los muros, viendo cómo pasa el tiempo) de Argelia o los *harraga* en Marruecos, que queman (*harrag*) sus papeles antes de cruzar el Mediterráneo en busca de un futuro mejor. Igual de reseñable es la aparición del *arabizi* (del inglés *arab easy*), lenguaje escrito que permite la transliteración del árabe en mensajes de texto con caracteres latinos y números arábigos. El famoso «lárgate» de la revolución tunecina se convierte en *arabizi* en «ir7al».

El libro se divide en cuatro partes. La primera, «Vivir su época», presenta diez figuras emblemáticas que encarnan en los imaginarios colectivos, tanto árabes como extranjeros, lo que son los jóvenes y cómo llevan el cambio social. Una de ellas son los *joyriders* de Arabia Saudí, que arriesgan el pellejo en carreras acrobáticas en coche. El capítulo de Pascal Ménoret explica cómo esta subcultura, que tiene sus reglas, sus campeones e incluso su lenguaje propio, es producto del éxodo beduino a las ciudades y de la modernidad que trajo carreteras y automóviles de importación. Pasatiempo inocente en un principio, el *joyriding* (*tafhit* o *hajwala*) ha adquirido un claro estigma social en los medios, que lo asocian a conductas fuera de la norma, desde el robo o el consumo de alcohol, pasando por la homosexualidad o la toxicomanía. Claramente, las razones detrás del *tafhit* están identificadas en la evasión (*tufush*) de estos jóvenes ante su impotencia social, el desempleo, la jerarquía de clases, la falta de «enchufes», etc. Pero este hartazgo también puede representar un desafío a las autoridades y una rebelión contra el consumismo. Por otra parte, ser miembro del *joyriding* es mucho más fácil y menos selectivo que otra rama de ocio muy en boga para los jóvenes saudíes: los grupos religiosos.

Otro ejemplo interesante es el capítulo sobre Abu Dabi de Laure Assaf, que describe la vida de los *coffee shops*. No se trata de cafés tradicionales, sino de las grandes cadenas comerciales, marcas establecidas donde se cultivan las relaciones de la cúpula socioeconómica, e incluso una convivencia poco habitual entre gé-

neros; un espacio en el que se entremezclan la familiaridad y el anonimato. Son espacios públicos donde la presencia femenina es uno de los rasgos más importantes, cuya respetabilidad está garantizada por una permisividad legítima y, de alguna forma, similar a la que se encuentra en los centros comerciales o *shopping malls*.

La segunda parte, «Enraizar el futuro», interroga más sistemáticamente el vínculo ambivalente del ocio juvenil con el tiempo; las nostalgias, las rupturas, el cuestionamiento de los legados, la reinención de las tradiciones y de proyecciones hacia el futuro. El contexto en el que se desarrolla la visión de los jóvenes está cargado de conflictos heredados, identidades heridas, «paraísos perdidos» que dejan una huella indeleble en el imaginario juvenil. Su percepción del pasado es reveladora de comportamientos, sobre todo en momentos de transición como los que se viven después de las revoluciones de 2011. La angustia ante la incertidumbre es aún más acentuada en sociedades atravesadas por conflictos violentos: Argelia y el Líbano antaño; Siria, Iraq, Libia, Yemen en la actualidad; los Territorios Palestinos desde hace generaciones. Por ejemplo, la evocación de la «edad de oro» anterior a la guerra civil libanesa en el barrio beirutí de Hamra a través de sus cafés y bares, de aquellos ideales «progresistas» y laicos, se vive de una nueva forma: un pasado mitificado que revive bajo formas hedonistas y festivas.

La tercera parte, «Construirse a sí mismo», se refiere a las dificultades del desarrollo personal bajo restricciones diversas; llámense pobreza, represión, dominación masculina, determinismos familiares o el peso de las instituciones políticas y religiosas. Distanciarse del grupo y la dinámica familiar para afirmar la personalidad del individuo en vías de ser adulto se convierte en una necesidad. Algunos ejemplos: el deseo de tener su propia habitación en Egipto, Argelia o los Emiratos; la voluntad de adiestrarse en deportes de combate para jóvenes egipcias en busca de la emancipación social; la tendencia de los jóvenes yemeníes de marcar *qat* en solitario son nuevas maneras de marcar territorio. Para otros jóvenes, pareciera que en actividades anodinas se juegan su identidad: elegir un destino de vacaciones para un emiratí; cantar en una asociación argelina; sentarse en una terraza de un café libanés siendo refugiado palestino. Sabemos que el paso de la adolescencia a la edad adulta puede ser angustiante, y las ideas de suicidio son recurrentes; las imágenes del tunecino Mohammed Bouazizi, quien se inmoló a finales de 2010, adquieren nuevos tintes y son contagiosas. El capítulo de Kamel Chachoua relata el suicidio de Brahim en la Cabilia (Argelia) y revela, al tiempo, una profunda desazón juvenil mezclada con problemas irresueltos de salud mental, estos mismos vinculados a profundos traumatismos de la familia de Brahim durante la guerra de Independencia de Argelia.

La cuarta parte, «Tomar la palabra», se concentra en los vínculos del ocio con el involucramiento político, ya sean efímeros en el contexto de los levantamientos populares de 2011 o más continuos a largo plazo. Hay que ir más allá de las premisas clásicas que aseveran que las juventudes son políticamente pasivas o apáticas y que el binomio político se reduce a viejos regímenes nacionalistas contra la disidencia islamista. Fuera del militatismo y de las etiquetas partidistas, hay otras formas de vínculos sociales que redefinen las fronteras de la acción pública.

Se trata de actividades que articulan nuevas dinámicas y que aspiran a proyectos diferentes de sociedad. Las nuevas tecnologías son herramientas para disidencias múltiples y para evadir la poderosa maquinaria de censura. Así lo demuestra el capítulo de Romain Lecomte sobre Túnez, en el que vemos la rápida evolución de Internet: de ser un sitio para divertirse socialmente a un espacio de movilización en contra de la censura de Ben Ali. El arte también funciona como vehículo para la resistencia creativa, con ejemplos claros como pueden ser el *street art* en Yemen o Egipto, o los músicos «enfadados» de Beirut, Casablanca o Alejandría. Precisamente esta última ciudad figura en el capítulo de Youssef el Chazli, quien relata el auge de las bandas musicales alternativas en la segunda ciudad egipcia y cómo estos grupos crean un sentimiento de pertenencia de 2000 a 2010 que se materializa durante la revolución de 2011.

En definitiva, este libro da voz a los hombres y mujeres jóvenes, herederos de múltiples tradiciones que, inspirados por nuevas ideas y diferentes movimientos culturales, frecuentemente articulados en torno a prácticas transnacionales, inventan el futuro de las actuales sociedades en crisis. El trabajo presentado ofrece un análisis multidisciplinar, a veces más parecido a una foto de familia (¿disfuncional?), a veces en códigos humorísticos, sobre las numerosas mutaciones sociales en gestación.

Para explicar las distintas formas de participar de los jóvenes en el tejido social árabe, el supuesto atavismo cultural o ideológico no funcionan. La distinción entre «islámico» y «secular» tampoco nos sirve adecuadamente como tabla de lectura. En los países árabes, como en otras regiones, las categorías sociales, la evolución de las sociedades, las trayectorias personales juegan un papel importante. Algunas actividades de ocio continúan siendo difíciles de registrar, como el consumo de drogas o la ocupación del llamado tiempo «libre» en contextos de guerra.

De Marruecos a Yemen, de Argelia a Siria, pasando por Túnez, el Líbano, Iraq, Libia, Egipto, Jordania, los Territorios Palestinos, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, los especialistas establecen con sensibilidad y preocupación un retrato excepcional de esta generación de la que se habla mucho, pero a la que muy rara vez se escucha. Tres docenas de investigadores, estudiantes de doctorado, profesores de estas y otras orillas, de distintas edades, consiguen observar y sacar conclusiones, sin censurar ni filtrar ricos matices, y de esta forma reflejan las dimensiones local, comunitaria, nacional y mundial. Sus historias desarrollan una gran variedad de personajes y situaciones, en un lenguaje claro y accesible. Hablar de «jóvenes árabes» es una falacia, al igual que lo sería hablar de «jóvenes europeos» o «jóvenes asiáticos». Los «jóvenes árabes» son hombres y mujeres complejos, como los demás.

Karim Hauser Askalani, Casa Árabe.